

Pelayo cuando afirmaba aquello de «España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio, esa es nuestra grandeza y nuestra unidad, no tenemos otra». Recomendable obra, por tanto, que arroja luz sobre un período todavía necesario de útiles respuestas.

Juan Carlos Colomer

ANTONIO CAÑELLAS MAS

Laureano López Rodó. Biografía política de un ministro de Franco (1920-2000)

Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, 390 pp.

ISBN: 978-84-9940-169-0

El libro de Antonio Cañellas Mas es el resultado de su tesis doctoral sobre Laureano López Rodó y su trayectoria político-ideológica, presentada en 2008 en la Universidad de Navarra. La fuente principal de su investigación ha sido el fondo personal de López Rodó depositado en el rico Archivo General de la Universidad de Navarra, bien completado con otras fuentes primarias de la época, sobre todo artículos y textos políticos, y secundarias, en particular los voluminosos libros de memorias del biografiado. El resultado es apreciable, aunque desequilibrado en el pormenorizado análisis de algunos temas y algo escaso en la interpretación, sin que ayude tampoco a su lectura una redacción densa en exceso. Seguramente estas son aún consideradas por la academia grandes virtudes para una tesis doctoral, pero se convierten en defectos cuando se trata de un libro dirigido, como en este caso, a un público más amplio.

Antes de avanzar cronológicamente, como suele hacerse en las biografías, el autor enmarca la que será trayectoria vital de su biografiado con una introducción sobre los precedentes ideológicos del catalanismo conservador. Esas páginas no carecen ni mucho menos de interés, pero son pocas para una apretada síntesis de tan amplio tema y, por el contrario, parecen demasiadas para situar sociológica y políticamente a las familias López Bodría y Rodó Romeu. Objetivo este que, sin embargo, se consigue solo a medias. Como sucede en otras ocasiones, el libro cae en uno de los peligros de las biografías: el enciclopedismo y exceso de datos, olvidando su objetivo último, dar coherencia a la

vida del biografiado, alrededor del cual debe girar y supeditarse toda la información.

Por poner un ejemplo: una biografía de 390 páginas sobre Laureano López Rodó no puede poner en pie de nota su ingreso en el Opus Dei en enero de 1941 (p. 44). Tampoco se detiene el autor a analizar el paso relevante de aquel joven burgués y católico, que se movía en los ambientes tradicionalistas barceloneses, al falangismo meses antes de la guerra, haciendo de él lo que más adelante se llamará un «camisa vieja». Incluso su padre, Laureano López Bodría, seguiría los pasos de su hijo afiliándose a la clandestina Falange Española durante la guerra, en las difíciles circunstancias que atravesaba la familia en la Barcelona revolucionaria, «un contexto que vino a reforzar su tradicionalismo ideológico», en palabras del autor (p. 54).

El uso indiscriminado de los términos «tradicionalismo» o «neotradicionalismo» para referirse a la ideología de los sectores sublevados contra la República, y que luego sostendrían la dictadura de Franco, es una herencia del fallecido profesor Gonzalo Redondo en el grupo de jóvenes doctores de la Universidad de Navarra formado, entre otros, por Pablo Hispán Iglesias de Ussel, Onésimo Díaz o el propio Antonio Cañellas. En mi opinión, tiene dos graves inconvenientes. Por un lado, uniformiza ideologías distintas, que sustentaban proyectos políticos distintos, como bien señaló en su momento el también profesor de la Universidad de Navarra, Álvaro Ferrary. Por otro lado, vacía de significado un concepto político con un contenido muy concreto en la historia de las ideas políticas en España desde el siglo XIX, y que precisamente durante la República, la Guerra Civil y los primeros años del Franquismo conocería un nuevo periodo de vitalidad y renovación.

Aun así, el autor no puede dejar de preguntarse sobre la compatibilidad entre ese «tradicionalismo» ideológico y la militancia en un partido fascista, incluso con el desempeño de algún cargo en la Jefatura Provincial de Barcelona. La conclusión a la que llega me parece acertada en líneas generales: «su posterior trayectoria hacia postulados estrictamente tradicionalistas (sic) no desmereció su militancia falangista hasta el inicio de la Transición», aunque el Decreto de Unificación de 1937

reafirmara «su consustancial identidad conservadora, llevándole a posiciones contrapuestas con la visión más estatista del Partido, dentro de una militancia perfectamente compatible con la concepción más clásica del tradicionalismo». En esa evolución un papel determinante lo desempeñaría su formación universitaria en Barcelona, Madrid y Coimbra, donde se familiarizaría con los planteamientos católico-corporativistas, que le llevarían a abandonar «los postulados fascistizados de su primerísima juventud» (p. 59).

La mayor aportación del libro se encuentra precisamente aquí, en el análisis de la formación de López Rodó como administrativista, primero con José Gascón Marín, en Madrid, y más tarde como traductor y amigo del catedrático de Derecho Administrativo Marcelo Caetano, varias veces ministro y futuro presidente de Portugal. La influencia del corporativismo salazarista sería decisiva en la vía elegida por López Rodó para llevar a cabo la tan deseada síntesis filosófico-político-ideológica entre elementos de procedencia diversa que pusieran las bases presentes y, sobre todo, futuras del régimen franquista. A esa vía hacia una «política tecnocrática» el autor dedica un largo apartado que supone otra vez, más allá de su interés intrínseco, una digresión en la narración biográfica.

Los fundamentos tecnocráticos del nacionalcatolicismo español, que ya analizaron en su momento el sociólogo Carlos Moya y el historiador Alfonso Botti, actualizados con las aportaciones del corporativismo portugués ya citadas, pero también de la sociología funcionalista americana (Rostow), formaron el bagaje con el que López Rodó inició su meteórica carrera dentro de las estructuras de poder franquistas desde que fuera llamado por Iturmendi para asesorarle en el Ministerio de Justicia en 1956. Una fecha que se cargaría de significados en la historia del franquismo, entre otras cosas también por la misma llegada de López Rodó, hasta el punto de ser tomada por los historiadores como divisoria casi canónica para el inicio de lo que solemos llamar «segundo franquismo».

El cese de Raimundo Fernández Cuesta, y especialmente de Joaquín Ruiz-Giménez, con lo que suponía de fracaso de su proyecto político-cultural, y la fuerte oposición a los anteproyectos de le-

yes fundamentales en clave falangista del ministro Arrese, así como la gravísima crisis económica y la creciente intervención de los organismos financieros internacionales a los que España se había incorporado poco antes, despejaron el camino a la renovación gubernamental de febrero de 1957. Esta sería favorable a los católicos tradicionalistas y monárquicos herederos del grupo Acción Española, algunos de ellos vinculados al instituto religioso del Opus Dei, y a una política más centrada en la estabilidad económica, la institucionalización política y la modernización burocrático-administrativa.

Que se tratara de un proceso en gran parte forzado por las circunstancias, y del que participaron igualmente los falangistas –José Solís y sus proyectos de «sindicalización», o Manuel Fraga Iribarne desde el Ministerio de Información y Turismo con una nueva Ley de Prensa, entre otras iniciativas– no significa que esa renovación no abriera una nueva fase en la competencia entre los dos proyectos políticos más importantes que sustentaron la dictadura, como ha explicado Ismael Saz. Y en ese conflicto entre aliados-rivales el papel desempeñado por López Rodó sería decisivo, primero como secretario general técnico de la Presidencia del Gobierno, desde 1962 en calidad de comisario del Plan de Desarrollo, y desde 1965 como ministro. Los nuevos datos aportados por este libro sobre su participación en los planes de Estabilización y Desarrollo, la reforma de la administración pública o la Ley Orgánica del Estado (LOE) de 1966, siempre en contacto directo con Carrero Blanco, confirman algo ya sabido, pero que es necesario recordar cada cierto tiempo: que los tecnócratas no perseguían con ello poner las bases de un futuro sistema democrático, ni siquiera a muy largo plazo o en potencia (la famosa renta *per capita* como precondition funcional de la democracia liberal), sino elaborar una completa teoría del Estado y ponerla en práctica precisamente para lo contrario, es decir, para apuntalar la dictadura y garantizar su supervivencia en el futuro.

Y en esa idea debe interpretarse también su no menos importante contribución: la «instauración» monárquica en la persona de Juan Carlos, frente a regencialismo o el presidencialismo republicanzante de los falangistas, pero también distanciándose del proyecto de «restauración» monárquica defendida

por los juanistas, aunque entre ellos tuviera amigos y correligionarios. Solo así se entienden sus resistencias a la democratización tras la muerte del dictador, en particular a la legalización de los partidos comunistas y al reconocimiento político-constitucional de las autonomías, aunque también él, como muchos otros, trataría de adaptarse a las cambiantes circunstancias en la defensa de un proyecto conservador que suponía que iba a ser mayoritario (ver, por ejemplo, su entrevista al diario *Ya* del 7/11/1976), permitiéndole de esa manera controlar el proceso. Años después, en 1989, cuando López Rodó publicó sus *Memorias*, su viejo e íntimo amigo Gonzalo Fernández de la Mora le reprocharía el haber tratado de hacer más aceptables sus posiciones durante la dictadura, «empeñado en presentarte como un demócrata de toda la vida, entusiasta del modelo partitocrático, lo que no es verdadero, ni gallardo, ni tiene eficacia alguna» (nota p. 169).

Cañellas Mas realiza en este libro un buen análisis de las bases ideológicas y doctrinales de ese modelo autoritario, aunque sea en detrimento del relato biográfico. Por eso, con más motivo aún, se echa de menos un análisis más profundo de las ideas religiosas que lo sustentan, en especial respecto al *aggiornamento* de la Iglesia católica tras el Concilio Vaticano II. Quizás no es casualidad que el lenguaje del autor se haga especialmente oscuro y retórico a la hora de tratar la oposición de López Rodó no solo a las corrientes cristianas progresistas, sino incluso a la Ley de Libertad Religiosa (p. 256 y ss.), ni que Escrivá de Balaguer no sea citado en ninguna ocasión a lo largo del texto, ni siquiera cuando se explican los orígenes de la idea de la santificación del trabajo (pp. 196-199). De esta manera, más allá de algunos conocidos desmentidos públicos de nuestro biografiado en respuesta a las acusaciones falangistas contra el Opus Dei, y afirmando la pluralidad de posiciones políticas dentro de él, se aplaza para otra ocasión cualquier intento serio por interpretar el papel de esa institución religiosa en el afianzamiento de la dictadura, en la defensa de un modernismo tecnocrático, en la «vuelta al orden» del catolicismo desde los años setenta o, en general, en la sociedad española de la segunda mitad del siglo XX.

Javier Muñoz Soro

X. M. NÚÑEZ SEIXAS y F. MOLINA APARICIO

Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX
Granada, Comares, 2011, 334 pp.

Los profesores Xosé Manoel Núñez Seixas (USC) y Fernando Molina Aparicio (EHU/UPV) son los editores y los encargados de presentarnos esta obra coral, fruto de las ponencias y el debate surgido durante un seminario homónimo celebrado en el Instituto Valentín de Foronda de Historia Social de la UPV/EHU en julio de 2010.

En el volumen se recogen un heterogéneo grupo de biografías de una amplia variedad de personajes del mundo de la política y la cultura del siglo XX español. Analizados de forma individual por diferentes especialistas de reconocido prestigio, todos fueron nacionalistas activos, cuya identidad nacional o su idea de nación varió o se apartó de las interpretaciones habituales dentro de los nacionalismos; convirtiéndose así, a juicio de los autores, en nacionalistas heterodoxos que escaparon a los compartimientos y postulados canónicos de todo nacionalismo, tanto dentro de los movimientos nacionalistas periféricos como del nacionalismo español. Una categoría que merecerían por una amplia variedad de motivos, bien a través de lograr compatibilizar diferentes discursos e identidades nacionales en varias etapas de sus vidas, o de forma continuada en el tiempo, bien haciendo recorridos de ida y vuelta entre diferentes nacionalismos antagónicos, formulando nuevas teorías nacionales sin apenas tradición histórica, defendiendo discursos políticos *a priori* opuestos a la identidad nacional con la que el individuo se identificaba, u otras formas de heterodoxia nacionalista.

El interés por este análisis prosopográfico parte de la intención de los autores de comprender los procesos de conversión y adopción de las identidades nacionales desde las propias perspectivas y experiencias, tanto vitales como políticas, de los protagonistas de esos mismos nacionalismos. La propuesta formulada en este trabajo, nace de un desiderátum planteado en 1991 por Miroslav Hroch que reducido al contexto de los diferentes nacionalismos existentes en el Estado español a lo largo del siglo XX, sirve como eje sobre el que los autores construyen su análisis.